

CONSEJOS, LECCIONES Y MÁXIMAS

San Marcelino Champagnat

CAPÍTULO IV

EL AYUNO DE LOS NOVICIOS

En vida del padre Champagnat, el fervor era muy vivo en el noviciado. Todos los hermanos, incluso los más jóvenes, se entregaban a la virtud por conciencia del deber, por amor y santo deseo de imitar a Jesucristo y llegar a parecerse a él.

Ocurrió, pues, que un año, con motivo de la cuaresma, a todos los hermanos jóvenes les dio por ayunar durante todo ese tiempo santo, a ejemplo del divino Salvador. El proyecto juvenil de mortificación se fraguó durante un recreo.

- ¡Ea! se dijeron unos a otros, ya llegó el tiempo cuaresmal, es decir, el del ayuno y la penitencia.
- Tengo intención de ayunar todos los días, exclamó uno de ellos.
- Yo también, agregaron varios más.
- Sí contrapuso uno de éstos, pero dicen que no se deja ayunar a los hermanos jóvenes.
- ¡Vaya por Dios! ¡Qué lástima!, respondieron todos.
- Es verdad replicó con viveza uno de los más jóvenes, que hay que tener veintiún años para poder ayunar sin mayores dificultades, pero si pedimos licencia para ello, se nos va a conceder, ya que no estamos enfermos, antes gozamos todos de muy buena salud.

Convinieron, pues, y determinaron que seis de ellos irían a ver al venerado padre y, en nombre de todos, le pedirían permiso para ayunar.

El fervor de aquellos hermanitos era tan intenso, su sencillez tan candorosa, que ni les pasó por las mientes la idea de que se les fuera a negar ese favor. Los seis procuradores fueron al aposento del venerado padre. Tímidamente entraron y, tras profunda venia general, el mayor, de dieciséis años escasos, habló en nombre de todos y dijo:

- Muy reverendo Padre, venimos a pedirle, con humildad y total confianza, que nos autorice a ayunar durante la cuaresma.
- ¿Toda la cuaresma?
- Sí, padre, toda la cuaresma.
- Es muy larga. ¿Sabéis cuántos días de ayuno tiene la cuaresma?
- Sí, padre.
- ¿Lo deseáis los seis?
- No sólo nosotros seis, sino todos los demás hermanos jóvenes, en cuyo nombre hemos venido a pedir este favor.

Hijos míos, alabo vuestro fervor y vuestro anhelo de penitencia. Para animaros a perseverar en la práctica de esas virtudes, os concedo ayunar durante la cuaresma. Decídselo a los demás que os han comisionado. Ahora bien, sois jóvenes, carecéis de experiencia y necesitáis que se os dirija en todas las cosas. Mañana os explicaré cómo vais a practicar ese largo ayuno de cuarenta días. Entretanto, será mejor que cenéis bien, de modo que el estómago esté mejor preparado para ayunar mucho durante la cuaresma. Id a decir a vuestros compañeros que os otorgo el permiso de ayunar, pero que me reservo el explicaros la manera de llevar a cabo y santificar dicho ayuno.

Los hermanitos dieron efusivamente las gracias al padre, salieron rebosantes de alegría y corrieron a comunicar a los demás que se había atendido su petición y podían prepararse para ayunar durante toda la cuaresma.

Pronto se corrió por la casa que los hermanos noveles se disponían a competir en penitencia y mortificación con los veteranos. Todo el mundo se alegró, especialmente el cocinero, ya que se le aligeraba con ello la tarea y se le ahorra la preparación del desayuno.

Al día siguiente, como lo había prometido y según acostumbraba en la inauguración de la cuaresma, el padre Champagnat dio a toda la casa una plática sobre el modo de santificar el ayuno. Aunque era día consagrado a la penitencia, el venerado padre estaba más alegre de lo que solía: se reflejaban visiblemente en su rostro el contento y la alegría santa.

Carísimos hermanos, dijo, tengo la satisfacción de comunicaros que todos los miembros de la comunidad están cabalmente dispuestos a santificar la cuaresma. Prueba de ello es que, por feliz contagio, el espíritu de mortificación y penitencia de los hermanos mayores se les ha pegado a los jóvenes, y éstos han venido a pedirme que les deje ayunar toda la cuaresma. Os extrañará, sin duda, que les haya concedido ese favor. No les tengáis envidia. Alegraos, más bien, de que vuestros ejemplos estén dando frutos tan excelentes. Sí, hermanos jóvenes, ayunaréis todos, porque todos necesitáis hacer penitencia para conservar limpia el alma, imitar a Jesucristo y merecer la gloria que os espera. Pero la Iglesia es madre bondadosa, que mira por el cuerpo igual que por el alma de todos sus hijos. Os concede, por la debilidad de vuestros pocos años, que practiquéis un ayuno menos riguroso que el que pide a vuestros hermanos mayores y a todos los fieles que han cumplido veintiún años. Os dispensa de hacer ayunar el estómago y, para otorgaros el mérito y recompensa del ayuno, sólo desea de vosotros estas cuatro menudencias:

1. El ayuno de los ojos, mediante la modestia.

Agrada mucho a Dios ese ayuno y es de mérito muy subido por tres razones:

1ª Porque la modestia reprime las pasiones y opone una barrera al pecado. ¿Sabéis lo que significa aquella sentencia de la sagrada Escritura: *La muerte ha subido por nuestras ventanas* (Jr 9, 21)? Que el pecado, la muerte del alma, entra por los ojos cuando no se procura sujetarlos con la modestia. El santo varón Job, que había rumiado esa máxima, declara: «Hice pacto con mis ojos de no pensar jamás en cosa mala». ¿Por qué dice «no pensar», en vez de «no mirar cosa mala»? Porque el pensamiento va tan íntimamente unido a las miradas, que no puede separarse de ellas. Así pues, la modestia nos preserva del pecado.

2ª Porque la modestia engendra el recogimiento, destierra las distracciones, fomenta la piedad y la devoción. Quien desee rezar bien las oraciones, ha de ser muy recatado.

3ª Porque la modestia edifica al prójimo, le aficiona a la virtud y le lleva a Dios. La modestia de los religiosos santos inspira punzantes remordimientos a los pecadores y reprime su desenfreno. San Bernardino, por ejemplo, contenía con su modestia a los compañeros licenciosos que, al verle, exclamaban: «Portémonos como Dios manda, que viene Bernardino.» De san Efrén se refiere que no se le podía mirar sin sentir devoción, sin proponerse llegar a ser mejor, debido a lo extraordinario de su modestia y a la virtud que rezumaba. La modestia de san Luciano, mártir, era tan admirable y eficaz, que compelió a los paganos a abrazar la fe cristiana. El tirano Maximiano, concededor de tal prodigio, citó al santo; mas, por miedo a que le convirtiera su actitud recatada, mandó poner un velo entre ambos.

Hermanos carísimos, observad el recogimiento y la modestia en las miradas, la actitud, los gestos. Conseguid que todos vuestros sentidos ayunen por medio del recato. Santificaréis así debidamente la cuaresma, y sus cuarenta días darán frutos opimos de virtud y de méritos.

2. El ayuno de la lengua, con la práctica del silencio.

Dos grandes ventajas proporciona ese ayuno:

1ª Conseguir que se evite el pecado. Efectivamente, está escrito: *En el mucho hablar no faltará pecado* (Pr 10, 19). Y en otro lugar: *Quien habla mucho, hará daño a su alma* (Eclo 20, 8), y también: *La lengua desenfrenada es decir, que no observa el silencio es un mundo entero de maldad* (St 3, 6). Por consiguiente, si lográis que ayune la lengua, respondo de que no cometeréis la mitad de las faltas diarias. ¡Cuán provechoso resulta, pues, dicho ayuno para el alma y la conciencia!

2ª Pero hay algo más: ese ayuno conserva, nutre y hace crecer todas las virtudes. Por eso ha dicho el Espíritu Santo: *Si alguno no tropieza con palabras, ese tal es varón perfecto* (St 3, 2). Quiere decir que tiene todas las virtudes.

Para enterarse de la salud de una persona, basta que le miren la lengua: si la tiene encendidamente roja, o sucia y blanquecina, no goza de buena salud. De igual modo, para conocer en qué estado se halla el alma de un religioso, hay que prestar atención a la lengua: cómo la rige y qué uso hace de ella. Si habla mucho, es casi seguro que tiene el alma plagada de culpas y pecados. Si habla poco, si es recatado y circunspecto en las palabras, estad seguros de que tiene el alma adornada de hermosas virtudes.

El prurito de hablar, el hábito de contar chistes, la afición a la chunga y la disipación son indicios seguros de conciencia vana y torcida, de espíritu superficial, de alma enclenque y vacía de virtudes. Tan convencido de ello estaba santo Tomás, que afirmaba abiertamente: «Si veis a un religioso que gusta de las conversaciones fútiles, de las chanzas y frivolidades del siglo, de ninguna manera penséis que se trata de un hombre espiritual y virtuoso, aunque hiciere milagros».

Lograr que ayune la lengua es, pues, medio excelente de guardarse del pecado, hacer medrar las virtudes, ser gratos a Dios e incluso aprender a hablar debidamente.

3. El ayuno de los defectos y de las pasioncillas.

¿Sabéis cómo se hace ayunar a los defectos? Combatiéndolos y no dejándose dominar por ellos. ¿Sentís inclinación, por ejemplo, a mentir de vez en cuando, hablar mal del prójimo, zaherir a los hermanos, llegar tarde a cualquier ejercicio de comunidad, etc.? Si corregís todo eso, si os abstenéis de ello hasta Pascua, habréis conseguido que ayunen los defectos. Someter las pasiones al ayuno es luchar contra las tentaciones y malas tendencias de la naturaleza corrompida; es evitar el pecado y mortificarse para arrancar del corazón todas las malas hierbas que en él haya sembrado el demonio. Supongamos que sentís inclinación a la pereza, al orgullo, envidia, gula, placeres prohibidos, tristeza, etc. Luchad contra todo eso, decid a las pasiones desordenadas: ¡Fuera!, marchaos lejos; no volváis a molestar me hasta Pascua; os declaro lucha a muerte durante toda la cuaresma. Quiero, además, aplicarme singularmente a la práctica de las virtudes contrarias a esas pasiones. De modo que lucharé contra la pereza con mayor fidelidad al reglamento y aplicación al estudio y al trabajo manual. Combatiré el orgullo con el ofrecimiento de los actos a Dios, realizándolos todos por él y no por complacer a los hombres; prestando a los hermanos todos los servicios que pueda, convirtiéndome así en el fámulo de la comunidad. Entraré en lid contra la gula con el arma de la mortificación en las comidas, y contra la sensualidad renunciando a todo lo que no me sea necesario.

Si así lo hacéis, ¡qué ayuno más bueno vais a practicar!, ¡qué cuaresma tan santa vais a pasar! Ese es el medio más seguro de imitar a Jesucristo, participar en sus dolores y aseguraros un tesoro de méritos para la eternidad.

4. No consentir jamás que ayune el alma, no darle nunca pan mohoso.

Se hace ayunar al alma cuando se falta a los ejercicios de piedad: meditación, examen, lectura espiritual, misa, comunión. Se hace ayunar al alma cuando se descuida la práctica de las virtudes y de las buenas obras, cuando uno es infiel a la gracia, cuando se obra por rutina, sin rectitud de intención y, por consiguiente, sin mérito.

Se le da pan mohoso cuando se rezan mal las oraciones, se recitan distraídamente, con desidia y tibieza, sin preparación ni devoción. La oración rezada con descuido y distracciones consentidas, la lectura espiritual hecha sin atención, sin deseo de aprovecharla practicando lo que enseña, son para el alma lo que el pan mohoso para el cuerpo: alimento deteriorado, que altera la salud y la desconcierta, en vez de mantenerla y fortalecerla.

No impongáis, pues, ayuno al alma, no le deis pan mohoso, a saber: no abandonéis uno solo de los ejercicios de piedad; no os contentéis con la asistencia a ellos; llevadlos debidamente a cabo y luchad animosamente contra las distracciones.

Pero ahora tengo que preguntaros: ¿Qué finalidad tiene el ayuno prescrito por la Iglesia? Con toda seguridad, me vais a responder: Hacer penitencia, combatir y domeñar las pasiones con la mortificación del cuerpo y, en último término, imitar a Jesucristo.

Muy bien, estoy conforme con vosotros en que son éstos los motivos principales del ayuno. Pero, ¿no falta nada? Sí, se ayuna y se priva uno de parte del alimento para socorrer a los pobres y distribuirles más abundantes limosnas, dándoles todo aquello de que uno prescinde. Es lo que hacen los buenos cristianos: entregar a los pobres el beneficio integro del ayuno.

Deseo, carísimos hermanos, que hagáis algo parecido. Ofreced para ello a Dios y con el fin de obtener la conversión de los pecadores y de los infieles, la santificación de los niños de nuestras escuelas y el alivio de las almas del purgatorio todos los actos de virtud que vais a practicar con la modestia, la observancia del silencio y el santo vigor que necesitáis para combatir defectos y pasiones, para orar debidamente y practicar las virtudes de nuestro santo estado. Tal ofrecimiento y entrega serán una obra muy agradable a Dios, utilísima al prójimo y mucho más meritoria para vosotros mismos que el privaros de un zoquete para dárselo a los pobres.

Vamos a ver, hermanos:

¿Estáis conformes con el ayuno que os propongo? ¿Satisface vuestra devoción y amor a la penitencia?

El padre se detuvo aquí un momento, como quien espera una contestación. Los hermanos jóvenes, que le habían escuchado con atención, aunque un (poco defraudados en su piadoso anhelo, ligeramente cabizbajos pero sonrientes, parecían decir:

- Sí, padre, estamos satisfechos y cumpliremos exactamente lo que acaba de aconsejarnos.
- El venerado padre agregó:

Para que veáis el interés que tengo en animar a cuantos gustan de la penitencia y mortificación, y manifestaros lo edificado y satisfecho que estoy de vuestra docilidad, os autorizo la práctica del ayuno corporal ordinario todos los viernes de cuaresma, en honra de la pasión de nuestro Señor Jesucristo.